

XVII.—LA GUERRA DE SICILIA. LOS ESPARTANOS SE APODERAN DE DECELIA

Un movimiento llevado a cabo por Alcibiades cambió por completo la faz de los sucesos, en detrimento de Atenas. Poco tiempo después de haberse pasado al bando espartano, llegaron a Lacedemonia enviados de Hermócrates y de Corinto en demanda de auxilio para Siracusa, y como las autoridades de Esparta no podían de derecho emprender cosa alguna, les enteró Alcibiades de los planes que el partido ático guerrero había formado y quería llevar a cabo en la expedición de Sicilia, cuya realización le había sido en un principio confiada, y cuyo verdadero objeto era la destrucción del poderío de Esparta. Como los espartanos, según el extraño derecho público griego, no podían declarar la guerra sin ser antes provocados directamente por los atenienses, enviaron a instancias del pérfido Alcibiades, a fines de mayo de 414, a Sicilia al mejor general que entonces tenían, al activo y hábil Gylippos, muy conocedor de los asuntos de allende los mares, poniendo a sus órdenes una escuadra corintia. No sin tener que vencer muchas dificultades, logró este atrevido militar llegar a Himera con 700 hombres; pero desde esta ciudad y engrosado su ejército hasta contar con 2,000 soldados, supo llegar a Siracusa en el mes de julio. Revestido del mando de esta ciudad y obrando con energía y feliz estrategia, pudo conseguir al poco tiempo que los atenienses se viesan en una situación en extremo crítica.

Lamacos halló, por fin, la muerte en esta expedición, y Nicias, acobardado y atacado por una grave enfermedad, no tuvo valor moral para mejorar rápidamente aquella situación extrema, ni para exponerse a la cólera del demos. Cuando, a mediados del próximo invierno, dió cuenta, en sus comunicaciones, de la apurada situación en que se encontraba y manifestó la necesidad ó de renunciar a la guerra ó de que se le enviasen iguales refuerzos que en 215, los ciudadanos áticos quisieron proseguir la campaña de Siracusa, mostrando en esto una tenacidad muy respetable en sí misma, pero de consecuencias fatalísimas. Enviaron, pues, a Nicias otros dos generales y además 10 buques y dinero que condujo Eurimedonte. Demóstenes era, sin embargo, de opinión de que se hiciesen para la primavera los mas grandes preparativos.

Entre tanto los sucesos tomaron otro rumbo muy diferente y peligroso. Perdidas de Macedonia había continuado desde 415 siendo adicto a los atenienses y después de su muerte en 413, su bastardo Arquelao, que, primero como tutor de su hermano legítimo y después del infame asesinato de éste como rey, adquirió la soberanía del reino de los Argeadas, gobernado por Perdicas con una habilidad y una perfidia de éxito seguro durante el período de la guerra griega, mantuvo también durante mucho tiempo la amistad con Atenas; pero no sucedía lo mismo con el Peloponeso. Esparta estaba decidida a reanudar la guerra en Grecia, en cuanto encontrase un fundamento ó un pretexto para ello.

A causa de las contiendas entre Argos y Esparta, había esta devastado, en 414, una gran parte de la Argólida: los argivos, entonces, impetraron de Atenas el auxilio que por la alianza les era debido; y los atenienses les enviaron 30 buques. Viéronse con este motivo muy favorecidos los planes de Esparta, gracias a que los jefes del ejército ateniense atacaron a Laconia, invadiendo las fronteras de Prasie y Epidaurós-Limera. En su consecuencia, decidióse hacer directamente la guerra a Atenas, y en abril de 413, el rey Agis se dirigió con un ejército peloponeso al Atica, cuyos labradores y propietarios hacia doce años que habían comenzado

de nuevo y penosamente a cultivar la asolada comarca. Pronto conocieron los atenienses que Alcibiades era quien había dado a los espartanos este pérfido consejo, para perder a su antigua patria. No se trataba ya de verificar una correría, como las que tantas veces se habían llevado a cabo, sino de reanudar la práctica guerrera de los dorios del tiempo de la conquista de Laconia, aunque acomodada a las modernas circunstancias, cual era establecer en Atica una fortaleza y tener en ella una guarnición permanente de lacedemonios. Alcibiades había designado a sus nuevos amigos, como el punto mas favorable para bloquear constantemente a Atenas y poder permanecer y dominar estratégicamente el Atica, la plaza de Decelia (hoy Tatoy), distante solo tres millas de la capital y situada a igual distancia de las fronteras beocias. Existía en este sitio una colina aislada, desde la cual podía verse Atenas, fuertemente atrincherada y guarnecida.

XVIII.—DERROTA DE LOS ATENIENSES EN SIRACUSA. SITUACION DESESPERADA DE ATENAS

Este primer jaque que dieron los espartanos en el nuevo tablero de la guerra, tuvo las mas trascendentales consecuencias. La salida de la última escuadra atica enviada a Siracusa, hizo imposible la debida resistencia. Los atenienses, con desesperada energía, dejaron, a pesar de la invasión enemiga, que la expedición fuera a Siracusa, cuando en las trincheras de Decelia asomaban ya las armas peloponesias.

El audaz Demóstenes conducía 73 triremes, 5,000 guerreros y otras muchas tropas ligeras a Sicilia, a donde llegó cuando los atenienses, que se encontraban delante de Siracusa, se veían atacados por mar por los siracusanos, a quienes habían instruido los marinos corintios, y sufrían una derrota completa.

La llegada de la escuadra ateniense espantó a los siracusanos tanto como animó a los atenienses. Propuso entonces Demóstenes apoderarse de nuevo de la altura que dominaba la ciudad; pero en el ataque nocturno que dieron los atenienses sufrieron una gran derrota, debida, no a su culpa, sino al cúmulo de incidentes desgraciados de una batalla en tales circunstancias, en vista de las cuales opinó aquel inteligente general que era preciso abandonar la insostenible posición que los atenienses ocupaban delante de Siracusa. La tenacidad de Nicias no quiso consentir en ello; mas cuando los inconvenientes del clima de la comarca siracusana se hicieron temibles, cuando los siracusanos dirigieron al exterior sus ataques cada vez mas fuertes, Nicias se vió obligado a ceder de su empeño. Un eclipse de luna acaecido en la noche del 27 de agosto de 415, aterrorizó al supersticioso ejército, no teniendo ninguno de los caudillos talento ni presencia de espíritu suficientes para tranquilizar a los soldados y a las tripulaciones. La extravagante mojigatería de Nicias aceptó la teoría de los augurios, según la cual este fenómeno indicaba el mandato de los dioses de que se retirasen antes de un mes; pero no tuvieron que esperar tanto tiempo, porque los siracusanos hicieron todo lo imaginable para impedir que las fuerzas atenienses permaneciesen por mas tiempo en Sicilia. Cuando, después de una última derrota naval, se les cerró el camino del mar, no tuvieron mas remedio que partir por tierra. En esta marcha desesperada que después de algunos rodeos, debía conducir a los atenienses perseguidos por los siracusanos, a Catana, trabáronse muchos combates, a consecuencia de los cuales la mayor parte del ejército ático, dividido en dos columnas, cayó, en 10 de setiembre, en manos de Gylippos. 7,000 hombres fueron hechos prisioneros, siendo la mayoría de ellos vendidos como esclavos: Nicias y Demóstenes fueron inhumanamente ejecutados en Siracusa.

La horrorosa catástrofe de Sicilia decidió ciertamente la gigantesca lucha entre las simaquiás ática y espartana. Todo cuanto hicieron todavía los atenienses fué ciertamente una prueba admirable de la extraordinaria fuerza y tenacidad de aquel Estado; pero no produjo mas efecto que aplazar por algun tiempo la decadencia de la poderosa ciudad de Pericles, ya que nadie podía soñar en que la ciudad, mortalmente herida, pudiese encontrar la tranquilidad de otros tiempos. Por el contrario, en aquellas circunstancias en que la temida fuerza del pueblo ático pareció estar poderosamente conmovida, se aprestaron no solo los espartanos y corintios, sino los siracusanos, a tomar venganza, aquellos de la última derrota y estos del peligro de guerra que durante diez años les había amenazado. Además, las luchas griegas que destruían a la nación despertaron las esperanzas de los persas, ganosos de vengar el ultraje recibido y de poder plantar su bandera en las plazas ribereñas de la costa del Asia Menor. Y era lo peor para los atenienses que, desde la cruel catástrofe, en el interior de su imperio se hacia cada vez mas temible y mas fuerte la aspiración a la revolución oligárquica.

Lo que en primer término temían los atenienses era la trascendencia de la fortificación de los espartanos en Decelia, comprendiendo entonces que el Atica seria presa de las mas desesperadas devastaciones, y pudiéndose considerar salvos los atenienses solamente a las inmediaciones del recinto de las murallas de la ciudad. Los productos de la Eubea, grano y carnicería de Atenas, podían ser conducidos a la ciudad por mar, dando un rodeo por el Sunio; mas lo peor era que los esclavos áticos, a pesar de ser tratados con excepcional benignidad, prefirieron pasarse en número de 20,000 a los espartanos.

Cuando acontecieron las grandes derrotas de Sicilia, cuando las fuerzas de la ciudad y del imperio se encontraron inutilizadas y perdidas, comprendieron perfectamente los atenienses que en toda la línea que se extendía desde Siracusa a Sardes se hacían grandes preparativos y se intrigaba para destruir el resto del poderío ático: 200 buques y 60,000 hombres se daban ya por perdidos, y esto no obstante el audaz y sin par pueblo ateniense, después de pasada la primera emoción, decidió proseguir la guerra mientras alentase un solo hombre y mientras existiese en el tesoro una sola dracma, dando muy pronto a comprender a sus enemigos lo que Atenas podía aun llevar a cabo.

XIX.—LAS CIUDADES ALIADAS JÓNICAS SE SEPARAN DE ATENAS. GUERRA EN LAS COSTAS JÓNICAS

La situación de las cosas obligaba a Atenas a una lucha únicamente defensiva, siendo por esta vez Esparta, en donde dominaba Alcibiades, la que hubo de inaugurar la guerra. Pero aun en esta ocasión los hombres del Peloponeso se engañaron de nuevo respecto de la fuerza de resistencia de los atenienses: las noticias procedentes de las playas sicilianas habían hecho que durante el otoño del año 413, entrasen en la alianza de Esparta así los gobernantes del Asia Menor, el caballeresco Farnabazo, en Dascilion, y en Sardes el pérfido intrigante Tisafernes (quien en 414 ó 413 había vencido a Pisuthnes, que desde 424 se había separado del imperio), como los oligarcas de las comarcas jónicas, que aspiraban a la autonomía, especialmente la isla de Chio. Alcibiades fué quien indujo a los mas influyentes espartanos a comenzar, en union con el poderoso Tisafernes, la destrucción de la alianza ática por la Jonia, en donde, por un lado, el partido favorable al levantamiento contra Atenas se hallaba por lo menos en tan buenas condiciones como en Eubea, y por otro, se podía contar con la escuadra de los chiotas, y en

donde, finalmente, el desterrado sediento de venganza tenía gran número de partidarios políticos. Con esto esperaban los espartanos poder aniquilar en la misma campaña del verano de 412 el poder colonial de Atenas. Mientras, en el curso del invierno de 413 a 412, Chio y Eritrea entraron secretamente en la liga peloponésica; mientras los espartanos, que veían claramente la imposibilidad de aniquilar a Atenas sin el auxilio de grandes recursos pecuniarios y de una imponente escuadra, habían ordenado, guiados mas por la codicia que por un verdadero talento práctico, que se les preparase a ellos y a sus aliados en el Peloponeso y en la Grecia central un contingente de 100 buques, con los cuales debían unirse a la armada de los rencorosos corintios para ir contra Atenas, los atenienses, contra cuya ciudad y cuyos puertos nada habían intentado los espartanos en la época de mayor desesperación, es decir después de la catástrofe de Sicilia, hacían también con tenaz energía los mayores preparativos, a pesar del precario estado en que su hacienda se encontraba. Proporcionáronse recursos, no ya valiéndose de los impuestos directos de los aliados y súbditos, sino apelando a una contribución indirecta consistente en un cinco por ciento que debían pagar los buques a su entrada y salida de los puertos áticos, procedimiento que subsistió por espacio de cuatro años.

Los terribles acontecimientos del último año habían por completo desacreditado al partido radical. Después de la conmoción causada por la catástrofe de Sicilia, sintióse en el interior cierta tranquilidad: los elementos moderados y aristocráticos adquirieron mayor preponderancia, y el pueblo consintió en que se creasen unos nuevos funcionarios revestidos de plenos poderes, los *próbulos*, ó sean diez ancianos, que debían examinar y aprobar las proposiciones presentadas ante la Eclesia, limitando de este modo la soberanía de la plebe radical. Bajo su dirección, hiciéronse grandes economías y se fortificó debidamente el cabo Sunio para defender la ruta marítima hacia Eubea. La admirable energía de los atenienses consiguió muy pronto una victoria en la nueva campaña.

Los espartanos se habían decidido finalmente a comenzar durante la primavera de 412 la expedición marítima a Jonia partiendo de los puertos corintios de Oriente: llegado que hubo este hecho a noticia de los atenienses, apresuráronse, en el mes de abril ó de mayo, a impedir la marcha de la escuadra peloponésica; y con 28 embarcaciones lograron atraer a 21 buques enemigos que habían salido de Cencrea, hacia el puerto abandonado de Peireon, en los límites de Epidauró, consiguiendo sobre ellos una gran victoria, y sujetándolos, por fin, a un riguroso bloqueo.

La sorpresa que esto causó en Esparta fué tal, que hasta se pensó en renunciar a la expedición jónica; pero el traidor a su patria, Alcibiades, con su elocuencia supo arrastrar a los eforos a intentar una prueba en Jonia, aun con escasos medios. Él mismo se unió al caudillo espartano Calcideo, que mandaba la escuadra compuesta de solos cinco buques, llegó a Chio, que todavía no había sido atacada, y consiguió que esta isla, que poseía sesenta embarcaciones, así como las ciudades de Eritrea y Clazomene, se rebelasen abiertamente contra Atenas. Las pequeñas escuadrillas que Atenas mandó en seguida a la Jonia no pudieron sofocar la peligrosa insurrección. Teos y especialmente Mileto correspondieron al llamamiento de Alcibiades levantándose contra la soberanía ática.

Este fué el punto de partida de una nueva faz de la guerra: la sorpresa de los atenienses llegó a su colmo, decidiéndose en seguida utilizar las reservas pecuniarias y navales que había organizado Pericles. En Jonia, Alcibiades y Calcideo, que debían armar convenientemente los lugares sublevados, firmaron con los persas conducidos por Tisafernes,

con la mala fe que caracteriza á esta inicua guerra, el primero de aquellos p rfidos tratados de alianza que aparecieron posteriormente y que indicaban de un modo claro cual era la verdadera significacion de la nueva libertad griega, tal cual la querian los espartanos para la Grecia. Estipul ronse viveres y sueldos para los peloponesios, pero, con impremeditada vaguedad y con indigna ligereza, se hizo al gran rey una concesion en virtud de la cual le pertenecieran todos los territorios y todas las ciudades que él poseia y que habian poseido sus ascendientes, obligándose los persas y los espartanos   no concertar por separado la paz con Atenas. En una palabra, con este acto Esparta reneg  de las heroicas luchas de la gran guerra nacional.

Mucho tiempo trascurrió hasta que las luchas de las costas jónicas se convirtieron en una verdadera guerra. Atenas estaba ciertamente en desgracia; no solo los chiotas, con auxilio de las tropas peloponesias, consiguieron que Lebedos, Ere, Lesbos y la misma Metimna se levantasen contra Atenas, sino que la escuadra bloqueada en el Peireon logró atravesar el cerco enemigo, y el espartano Astioco, investido del importantisimo cargo nuevamente creado de *naurarca*   almirante, y encargado por órden de los eforos de la direccion de la guerra jónica, condujo sus fuerzas, compuestas de veinte buques, hacia Chio.

Mientras estas desgracias caian sobre Atenas, la aristocracia de los geomoros de Samos, ansiosa de sublevarse, comenzó   moverse, y el demos de esta poderosa isla, adicto al Atica, se levant  furioso en favor de Atenas, ayudado por las tripulaciones de tres buques de guerra  ticos. Doscientos nobles encontraron la muerte, cuatrocientos tuvieron que abandonar la isla, y toda la aristocracia perdió sus derechos polticos, y aun la epigamia ó sea la libertad de matrimonios con el demos de la ciudad. La isla regida,   partir de entonces, bajo una forma esencialmente democrática, recibí, en cambio, de Atenas, como prueba de agradecimiento, la completa autonomía y la participacion en las libres relaciones de los aliados, permaneciendo en extremo fiel á los atenienses. En cambio estos consiguieron tener finalmente una base mas extensa y segura para proseguir la guerra en medio de los territorios sublevados; y como su nueva escuadra adquirió notable aumento en la segunda mitad del verano, pudieron reconquistar rápidamente   Teos, Mitilene, Metimna y Clazomene, asolar cruelmente   Chio y amenazar seriamente la poderosa Mileto, despues de un feliz combate ganado durante el mes de setiembre.

La llegada de las nuevas escuadras peloponesias y siciliana, formando un total de cincuenta y cinco buques, de los cuales veintidos eran mandados por Hermócrates, y la rapidez con que Alcibiades las llevó   Chio, indujeron   los atenienses   retirarse   Samos. Harto sabian los caudillos atenienses que su Estado no podía proporcionarles ninguna nueva escuadra y que por lo tanto una derrota hubiera sido mortal para Atenas, al paso que los mayores desastres maritimos no hubieran podido destruir el poder de Esparta. Por esto los estrategos, entre los cuales era el mas importante el oligarca Frinico, hombre de humilde cuna y poltico en extremo perspicaz, que á pesar de la posicion que ocupaba era un valiente general, reunieron sus fuerzas en Samos, decididos   no aceptar la batalla si todas las probabilidades de triunfo no se encontraban de su parte. Cuando,   fines de octubre, la escuadra se hubo aumentado hasta contar 104 triremes,   los cuales los enemigos solo podian oponer 94, atac se   Chio con 30 buques y se pensó en tentar un golpe de mano sobre Mileto. Una sorprendente molicie y falta de plan de los peloponesios en la direccion de la guerra, fueron causa de que los atenienses recibiesen un inesperado auxilio, que de tal

puede calificarse el repentino rompimiento de Alcibiades con los espartanos.

XX.—ALCIBIADES SE PASA   LOS PERSAS

Alcibiades se habia creado gradualmente en Esparta enemigos temibles por su número y por su poder. Las brillantes victorias que en pro de los espartanos obtuvo, habian despertado en el ánimo de un partido fuerte la envidia contra el peligroso extranjero. El rey Agis, jefe de los adversarios de este, odiaba personalmente al frivolo huésped, porque era público y notorio que el ateniense habia seducido   la reina Timea. Contando los peloponesios con el fuerte apoyo conquistado en el Asia, gracias á su diplomacia y á su energía, para nada necesitaban ya de Alcibiades, antes bien les era un estorbo para con los persas,   la par que se hacia temible la influencia que ejercia en el país. El desterrado juzgó prudente retirarse antes de que su presencia pudiese parecer peligrosa   los espartanos. Resueltos los caudillos espartanos   cumplir la órden emanada de Esparta de asesinar al fugitivo, siguiendo la costumbre tradicional de los lacedemonios, fueron presa de la mas violenta cólera, cuando supieron que Alcibiades, advertido segun se dice por Timea, se habia puesto en salvo, en octubre de 412, huyendo de Mileto, refugiándose entre los persas y siendo en la corte del principe Tisafernes objeto de una cordialisima acogida. Pronto dej  muy atrás   Temistocles en el arte de acomodar sus palabras, sus costumbres y sus usos   los de la alta nobleza del Iran. El orgulloso enemigo de los griegos, Tisafernes, se dejó seducir en seguida por el encanto que sabia ejercer aquel célebre y miserable poltico sobre los extranjeros, con los cuales le pusieron en contacto su estrella y la suerte desdichada de la Grecia. No se pasó mucho tiempo sin que fuese el consejero mas influyente y de mas confianza del principe persa. Pronto se sintió aquejado de la sed de venganza, proponiéndose allanarse con algunos rodeos el camino de Atenas, por medio del rompimiento de la alianza entre los persas y los peloponesios y de una liga, caso de ser posible, entre aquellos y los atenienses; pero, al concebir este plan, el astuto jefe de partido habia exagerado sus propias fuerzas. De su diplomático trabajo, solo quedó en la corte del s trapa de Magnesia, el hecho de haber él indicado   los persas los medios que debian emplear para utilizar en provecho de su imperio la mutua destruccion del mundo griego que se consumaba ante su vista.

Alcibiades enseña á los persas que no les convenia para sus intereses poner pronto término   la guerra, sino, por el contrario, dejar que las dos potencias beligerantes se debilitasen mutuamente, y cesar de socorrer á los peloponesios con los recursos pecuniarios; pues una victoria decisiva de Esparta podía ser mas perjudicial   la Persia que el triunfo de Atenas. Tisafernes aceptó estos consejos y orden  que la escuadra fenicia, compuesta de 147 buques, abandonase el Peloponeso; y   la par que calmaba, por medio de varios presentes,   los caudillos peloponesios, dej  de mandar las pagas y retir  á los espartanos el dinero con que estos remuneraban   sus marinos, pagándoles mejor que los atenienses, esperando que de este modo todos los reclutados desertarian pasándose   la escuadra  tica. A pesar de haberse firmado un nuevo tratado por el estilo del que se habia estipulado poco antes con Calcideo, no cesaron las contrariedades que surgieron entre los persas y los peloponesios; pues el incorruptible Hermócrates se insurreccion  contra la conducta del s trapa.

Alcibiades no pudo conseguir mas de Tisafernes: el odio que todos los persas sentian hacia Atenas, desde el tiempo

de Cimon, era un obstáculo insuperable para cualquier plan cuyo objeto fuera el restablecimiento de relaciones amistosas entre los atenienses y los iranos. A pesar de ello habia conseguido con el nuevo giro dado á la guerra, que se despertasen en algunos elementos cierta atencion y aun cierta simpatía por la estacion  tica de Samos, y de tales disposiciones pens  sacar los elementos que por medio de una doble revolucion le condujeran al fin á poder disponer de la escuadra ateniense. Alcibiades sabia que en el recinto de Samos y en el ánimo de no pocos ciudadanos estrategos y trierarcas, alcanzaba cada dia nueva vida y forma el pensamiento de que para lograr una paz llevadera con Esparta era preciso modificar la constitucion en un sentido oligárquico. Por esto se puso en relaciones con los mas importantes oligarcas y les hizo proposiciones en este sentido, prometiéndoles conseguir que Tisafernes les concediese considerables medios pecuniarios, y aun la amistad del gran rey, si lograban destruir la democracia. Inútiles fueron las sensatas observaciones de Frinico, quien comprendi o perfectamente el codicioso plan de Alcibiades, consideraba imposible que este pudiese implantar de nuevo la oligarquía en buenas condiciones, y finalmente adivinaba que, por un lado, la Persia nunca podria reconciliarse con Atenas, y que, por otro, los oligarcas ansiosos de sublevarse, se verian cada vez mas encadenados   Atenas en caso de promulgarse una constitucion oligárquica. En su alucinacion, los conspiradores oligarcas enviaron   Atenas   principios del año 411,   aquel Pisandro, que poco antes se habia dado á conocer como radical y que á la sazón se desenmascaraba presentándose tal cual era. Su mision oficial consistia en persuadir   la plebe que aceptase las negociaciones con Alcibiades y Tisafernes y limitase moderadamente la democracia; pero su mision secreta era poner de acuerdo   todos los clubs oligárquicos para librar una gran batalla contra la constitucion democrática.

XXI.—REVOLUCION OLIGÁRQUICA DE LOS CUATROCIENTOS EN ATENAS. RESTABLECIMIENTO DE LA DEMOCRACIA Y REGRESO DE ALCIBIADES   ATENAS.

Quando la mal aconsejada burguesía se decidió   aceptar las proposiciones de Pisandro, y se quitó el mando   Frinico, que por temor á las intrigas de Alcibiades habia dado entre tanto pasos que le comprometian, reanud ronse   fines de enero en Magnesia las relaciones con Tisafernes. Entonces, sin embargo, se vi  claramente, como á su tiempo lo habia previsto Frinico, que el principe no queria entrar en negociaciones con Atenas hasta haber mediado un público rompimiento entre él y Licas, comisario espartano que los eforos habian enviado con nuevas fuerzas al Asia, indignados por la poco enérgica conducta seguida por Astioco, y que habia llegado hasta cerca de Gnido. Como los peloponesios contaban entonces con mas medios que los atenienses, como sus fuerzas se aumentaron con la toma de la isla de Rodas, tan importante mercantil y estratégicamente considerada, que convirtieron en factoria suya, y como finalmente Tisafernes debia temer que aquellos, en caso de que él se uniese   Atenas, se aliarian con su odiado colega y vecino Farnabazo, de aquí que Alcibiades no pudiera conseguir de él que aceptase las proposiciones de los oligarcas. Pero   fin de no dar á comprender á los griegos que su influencia en la corte de Magnesia habia disminuido extraordinariamente, apeló con refina-da astucia al medio de imponer, como fiel intérprete del s trapa,   los embajadores  ticos,   cambio de la alianza persa, exigencias tan absurdas, que por necesidad tuvieron que cesar las negociaciones.

Entre tanto los conspiradores oligarcas que se habian coligado con la oligarquía s mica y que se habian desem-

barazado del desterrado Hyperbolos, creyeron haber ido demasiado léjos para permanecer tranquilos. Por esto decidieron, sin grandes escrúpulos, deshacerse simplemente de Alcibiades y destruir luego, con insensata energía, la democracia de Atenas. A este objeto trabajaron con extraordinario talento para unir   todos los clubs oligárquicos los mismos caudillos del partido revolucionario que permanecian en su patria. Antifono, el jurisconsulto mas notable de su tiempo y el consejero mas sabio del partido; el célebre Teramenes, hombre en quien se unian los mas nobles pensamientos y la mas desmedida ambicion de mando, cualidades que originaban en él bruscas transiciones; Frinico, el acérrimo enemigo de Alcibiades, y otros varios, trabajaban para despojar al demos de su posicion y para desconcertar los públicos juicios. Sus partidarios dominaban en la Eclesia; la desercion de algunos que hasta entonces habian sido considerados como demagogos radicales, y que se habian declarado partidarios de la constitucion antigua; la fria conducta de muchos ciudadanos acomodados que se habian vuelto contra la democracia, despues de los acontecimientos de los últimos años; y finalmente el p rfido asesinato de muchos demagogos que eran un estorbo para la realizacion de los nuevos propósitos, especialmente el de Androcles; fueron causa de que las masas del demos, faltas de un jefe, y cuyos principales elementos se encontraban en Samos, se viesen desarmadas y observasen por tanto una conducta pasiva.

Por fin, pudo estallar la revolucion; trescientos samios debian apoyar el movimiento en esta isla, secundado en las demás por cinco comisionados; pero fué tan mal dirigido, que Thasos, despues de haber derribado   su democracia, cayó en poder de los espartanos. Pisandro reunió en las Cícladas, en donde se habia restablecido el gobierno oligárquico, un ejército de nobles guerreros, con los cuales se presentó en abril de 411 en Atenas y obligó al demos   cambiar su constitucion y sus diversos poderes, sin tener que vencer grandes dificultades ni apelar   violentas escenas. La nueva constitucion tuvo por base una asamblea electiva de 5,000 miembros, compuesta de los mas acomodados ciudadanos, desapareciendo el sueldo con que antes se remuneraba este cargo. Ante todo, una comision oligárquica de cinco individuos instituyó un nuevo consejo de Estado, compuesto de 400 ciudadanos escogidos de entre lo mejor que entonces contaba la oligarquía  tica. Los vencedores se contentaron con el destierro y la muerte de muchos enemigos peligrosos, y no influyeron en la eleccion de los 5,000.

La revolucion vencedora no pudo ir mas allá, y muy pronto los frivolos revolucionarios sufrieron por todas partes los mas tremendos golpes, que abrieron de nuevo el camino para un brillante levantamiento de las fuerzas populares del Atica. La oligarquía  tica se vi  en seguida completamente aislada. La revolucion oligárquica de Samos fué derrotada en toda la linea por el demos, con el auxilio de los estrategos Leonte y Diomedont , del trierarca Trasibulo y del influyente hoplite Trasilo; y cuando el jefe de la tripulacion democrática del buque correo «Paralos» llevó á la isla la noticia, algo abultada por cierto, de los acontecimientos de Atenas, el ejército,   las órdenes de Trasibulo y de Trasilo, se pronunció,   fines de abril, contra la oligarquía  tica, se ali  con el demos samio, sustituyó todos los oficiales sospechosos por otros bien conocidos como demócratas, y llam ,   instancias de Trasibulo,   Alcibiades para que fuese   Samos. El ardor que el astuto aventurero supo infundir en las tropas con la magia de su elocuencia y sus promesas persas, indujo al ejército   nombrarle su general en jefe. Obligado entonces   elegir entre llevar el ejército, siguiendo los deseos de éste,   combatir la oligarquía y abandonar por tanto la Jonia   los